La canción que cambió de esquina

Obra original de Shyvirelle · Versión completa para lectura e impresión

En el barrio de los Plátanos, la música del carillón servía para cosas que ningún reloj conseguía ordenar. Cuando sonaban las primeras campanas, los vendedores extendían los toldos; en la última frase, las familias salían a la calle con sillas plegables para ver pasar el desfile de las fiestas.

A Alma le pagaban por revisar el carillón una vez al año. Había aprendido a reconocerlas incluso con los ojos cerrados: una tenía un brillo breve, otra sostenía el sonido un instante más, y la más pequeña siempre parecía llegar con prisa.

La mañana del desfile, Pilar, la dueña de la tienda de la esquina, subió a la torre sin anunciarse.

—El carillón está tocando dos veces —dijo antes de recuperar el aliento—. Y la segunda se burla de la primera.

Alma dejó la llave de ajuste sobre una mesa.

—Una campana no puede burlarse de otra.

—Entonces baja y escucha.

En la plaza se había reunido un pequeño corro de vecinos. Unos señalaban la torre; otros, la calle de las Herrerías. Desde el lado del mercado, la melodía había sonado como siempre: tres notas que subían, una pausa y dos golpes cortos. Pero desde la esquina del portal de piedra, según Pilar, las notas habían llegado en otro orden, como si alguien hubiera dado vuelta a una frase conocida.

—La has programado para que el desfile pase dos veces por mi tienda —acusó un comerciante desde el fondo—. Así también cobras dos veces.

Alma trabajaba con alambres, teclas y badajos. No había manera de programar una segunda interpretación sin que alguien la ejecutara. Aun así, no discutió. Pidió a Pilar que le señalara el punto exacto donde había oído la supuesta repetición.

El portal unía dos casas antiguas y daba a un patio estrecho. En su arco crecían pequeñas plantas, y una ventana del segundo piso permanecía entreabierta. Alma recordaba haberla visto iluminada antes del amanecer. Al pasar bajo el arco, escucharon una nota del carillón que parecía prolongarse en la pared y regresar cuando las otras ya se habían apagado.

—Esa es la que falta —murmuró Pilar.

—¿Cuál?

—La nota fina. Aquí no la oigo hasta después.

Alma observó la piedra. Las superficies enfrentadas podían devolver ciertos sonidos, pero un eco no inventaba una nueva melodía ni escogía por sí solo cuándo acompañar el desfile. Había algo más. No dijo nada todavía: el portal daba a varios patios y una acusación hecha al aire podía alcanzar demasiadas ventanas.

Abajo, un niño giraba entre las manos una cajita de madera con campanillas. Alma la había visto el año anterior en un puesto de juguetes. Al mover una rueda, tres pequeñas láminas metálicas producían una frase semejante a la del carillón. El niño no la tocó entonces; la llevaba como un tesoro que todavía no se atreve a abrir.

—¿Has oído otra cajita como esa? —preguntó Alma.

—En la ventana de arriba —respondió el niño—. Pero la de esa casa tiene una nota rota.

Pilar lo interrumpió.

—No podemos fiarnos de un juguete para arreglar las campanas de todo un barrio.

—Por eso vamos a comprobarlo —contestó Alma.

Alma volvió a la torre y tocó tres notas aisladas. Pilar escuchó desde varios puntos de la plaza. Luego cambiaron de sitio. La nota más aguda desaparecía casi por completo al cruzar el portal; reaparecía un momento después, reflejada en el muro del patio. Las demás seguían su camino sin aquella demora perceptible. Eso explicaba parte de la confusión, pero no el tintineo que, en un momento preciso, parecía responder desde otra esquina.

Para buscarlo, Alma pidió a la persona que dirigía el desfile que pospusiera unos minutos el ensayo. Bajó con Pilar a la calle de las Herrerías y esperó junto al portal. Otro m□sico toc□ la frase del carill□n, despacio: una nota, otra, la tercera.

Desde la ventana entreabierta llegó una respuesta diminuta. No tenía la fuerza de la torre ni su afinación exacta. Sonaba como una melodía que hubiera aprendido a caminar de nuevo.

Pilar abrió la boca, pero Alma le pidió silencio con un gesto. Esta vez la frase de la ventana empezó *después* de que la primera campana llegara al patio. Cuando la nota aguda del carillón rebotó contra la piedra, se cruzó con la segunda nota del juguete. Desde donde estaban, el cruce hizo que la secuencia pareciera invertida: primero dominaba el final de una frase y luego el comienzo de la otra. Las dos interpretaciones eran reales; el orden extraño era cosa del lugar y del retraso.

—Hay alguien tocando —dijo Pilar, más despacio.

Alma señaló una puerta azul a la vuelta de la esquina. Era la entrada a la vivienda de Aurelio, el antiguo campanero. Durante treinta años había subido cada mañana la escalera de la torre, hasta que dejó de poder hacerlo con seguridad. El carillón seguía sonando, pero él ya no se acercaba a la plaza los días de ensayo.

Alma llamó a la puerta. Tardaron un rato en abrir. Aurelio apareció con un chaleco abotonado hasta el cuello y una pequeña rueda de madera en la mano.

—Si venís por el ruido, puedo cerrar la ventana —dijo.

Detrás de él, en una mesa, descansaba un carillón de juguete. Las láminas estaban montadas sobre una caja que alguien había reparado con madera distinta, y una se veía ligeramente doblada.

—¿Lo toca usted cuando suena la torre? —preguntó Alma.

—Me ayuda a no perder la cuenta —respondió Aurelio—. La oigo desde aquí, doy una vuelta a la rueda y la sigo. Ya sé que no suena igual.

Pilar miró el juguete. Había acusado al carillón de trampear el recorrido del desfile. Ahora, frente a aquel hombre, la acusación le pareció enorme para lo pequeña que era la caja.

—Desde el portal parece que las notas salen al revés —dijo.

—¿Al revés? —Aurelio probó dos golpes suaves—. Antes me pasaba con los ecos de la torre. Cada calle tiene su manera de devolver lo que oye.

El campanero les mostró el mecanismo. La rueda ponía en marcha tres láminas, pero la más fina apenas vibraba. Había ajustado la caja para que no se perdiera la melodía por completo. No intentaba engañar a nadie ni imitar un concierto secreto: daba su respuesta a la torre desde la única altura que ahora podía alcanzar.

Alma le pidió que tocara una vez más mientras ella escuchaba desde el portal. Pilar se quedó junto a la ventana. Después intercambiaron puestos. En el patio faltaba la nota fina de la torre; en la ventana aparecía la del juguete, más apagada. La pared devolvía una nota con retraso, pero no podía producir los golpes nuevos de la rueda. La prueba distinguía el eco de la segunda interpretación.

—No hace falta quitar ninguna campana —dijo Alma.

—Ni ninguna ventana —añadió Aurelio, casi para sí.

El ensayo terminó sin una solución inmediata. El desfile comenzaría al atardecer, y el carillón no podía dejar de tocar su música solo porque una calle la oyera de otro modo. Alma volvió a la torre y escribió la secuencia en una hoja. Después señaló la pausa entre las dos frases. Era corta, apenas el tiempo necesario para que el último sonido se apagara.

—¿Qué ocurriría si la hiciéramos un poco más larga? —preguntó a Pilar.

—¿Para que el juguete termine?

—Para que pueda responder sin pelearse con el eco.

Aurelio aceptó tocar desde su ventana a una señal convenida: la última campanada antes de la pausa. No tendría que subir escaleras, modificar el juguete ni pasar inadvertido. Pilar se ofreció a abrir el paso bajo el portal para que la gente pudiera escuchar desde allí sin detener el desfile.

Al caer la tarde, la calle se llenó de papeles de colores y pasos desacompasados. Las primeras campanas sonaron como siempre, por encima de los tejados. Llegó la pausa nueva, lo bastante amplia para que el barrio oyera el aire entre una frase y otra.

Entonces, desde la ventana azul, una melodía pequeña contestó. No sonó perfecta. Tenía una nota fatigada y el pulso algo inseguro, pero nadie la confundió con un desperfecto.

Pilar se subió al escalón de su tienda. Habló fuerte, precisamente donde había hablado antes.

—Esta mañana dije que el carillón hacía trampas. No era cierto. Lo que oíamos eran dos músicos y una calle que devolvía una nota tarde. Os pido disculpas por la acusación.

Algunas personas aplaudieron, otras siguieron caminando y una niña preguntó por qué el sonido parecía cruzar de una ventana a otra. Alma le mostró la dirección del portal y esperó a que volviera a sonar la frase.

Aurelio, desde arriba, levantó la mano para marcar el final. Alma respondió con una inclinación de cabeza que él quizá no alcanzó a ver. La torre y la ventana continuaron la música hasta que el desfile dobló la última esquina.

Al terminar, Pilar cerró la tienda más tarde de lo habitual. Desde la puerta escuchó una vez más el eco breve de la nota fina. Era el mismo de por la mañana. Solo había cambiado lo que ella sabía de él.